

CONSTANTES IDEOTEMATICAS EN LA AVELLANEDA

POR

NARA ARAÚJO

Universidad de La Habana

La obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) requiere el análisis de las coordenadas que la sustentan. Junto a los estudios biográficos, prólogos y antologías existentes, se impone una aproximación que la asuma como un todo orgánico. Esa labor, nada sencilla, necesita ciertas hipótesis, como las de Antón Arrufat en su sugerente e incitante prólogo a *Espatolino*.

El ensayista propone tomar la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda como una «unidad interrelacionada», en la cual se observa una coherencia de propósitos, temas y personajes. Entre textos de un mismo género, o entre un poema y una novela, una leyenda y un drama. Esta llamada de atención alerta sobre la parcialidad de cualquier juicio que obvie los vasos comunicantes de su universo literario.

Tal proposición debe servir como punto de partida para el examen de constantes ideotemáticas en algunos textos de la Avellaneda. Estudio restringido que sólo pretende contribuir a la valoración total, aún pendiente.

Es lugar común afirmar que Gertrudis Gómez de Avellaneda se preocupó por la situación de la mujer. Arrufat profundiza en tal juicio al destacar su interés por la marginación social, cuyos ejemplos ella vio en la mujer, el esclavo, el artista y el bandido.

Tal asunto formaba parte de la *Weltanschauung* romántica. El conflicto entre individuo y sociedad, aparecido en los albores de los tiempos modernos —presente en el *Quijote*—, se acentúa con el desarrollo de la sociedad burguesa, de los valores mercantilistas y utilitarios. El sentimiento y la superioridad espiritual se opusieron al prosaico mundo burgués. El antagonismo se expresó en el aislamiento o en la rebeldía, en la comunicación con la naturaleza o en el retorno al pasado; en la defensa de la libertad y

la aspiración al mejoramiento del hombre. Estos factores fueron concomitantes a la utopía romántica, reaccionaria o progresista.

La Avellaneda sufrió el influjo de la época. Sintió antagonismos con los prejuicios y convencionalismos como mujer que pretendía vida propia y carrera en terreno de hombres. Las desilusiones personales, las incomprendiones familiares, los desengaños amorosos alimentaron una cosmovisión donde la sociedad humana era cuestionada. Sus textos demuestran cuán genuina y visceralmente romántica fue. El cúmulo de insatisfacciones, el vacío existencial —a pesar de glorias y honores—, la imposibilidad de encontrar en la sociedad civil los valores anhelados la condujeron, sin llegar al misticismo de Gogol o a la prédica de Tolstoi, al asidero religioso.

Sab (1841), su primera novela, es fundacional. Obra polémica, se le ha señalado la idealidad del mundo descrito y la atenuación de la protesta del esclavo. La limitación de su defensa al plano sentimental, su pasividad frente a la rebelión ¹.

La figura del *buen negro*, de reales ancestros, estaba en el arsenal estético vigente. Resultado del desarrollo de la literatura negrófila en Europa, sus motivaciones extraliterarias se hallaban en la urgente necesidad de sustituir la mano de obra esclava. La idealidad, la defensa de la igualdad espiritual formaban parte del ideario burgués, que desde la Ilustración comenzó a propugnar el sentimentalismo.

El romanticismo se apropió de la emoción. La convirtió en refugio y arma para igualarse a los superiores socialmente o colocarse por encima de ellos. La genuina aristocracia, los elegidos, serían aquellos capaces de experimentar profundas pasiones. De este anhelo se llegó al repudio de la norma, de la convención. Del amor y el sentimiento se hizo un desiderátum.

En estos años la Avellaneda está imbuida del pensamiento liberal. Ha leído a Rousseau, Byron y Schiller (como Catalina en *Dos mujeres*). Ha sufrido serios embates afectivos. Ha conocido la esclavitud en su país natal, en su entorno familiar. El esclavo, por su situación, es símbolo ideal de la aspiración romántica a la libertad. *Sab* es adecuada expresión del momento histórico y de la tesitura emocional de la escritora.

La novela se estructura alrededor de una idea central: el hombre proscrito, sojuzgado, es capaz de experimentar sentimientos elevados y ser superior, moralmente, a un blanco. La formulación a favor del esclavo mulato se articula a un nivel general, humano. No se pretende, en el trazado de un mundo esclavista particular, el diseño de personajes negativos.

¹ Véase N. Araújo, «Historia y conflicto del negro en Hugo y la Avellaneda», en *Revista de Literatura Cubana*, núm. 7 (La Habana, 1986).

El conflicto del protagonista consiste en su amor imposible. Sab transgrede el sistema de prohibiciones al enamorarse de su ama blanca (Carlota). Acontecimiento significativo de su conducta ², su motivación es psicológica y social, pues el obstáculo a su pasión es su condición de esclavo.

Este conflicto se amplía y refuerza con el de Teresa. En él se esboza la discriminación de la mujer, aunque no se utiliza aún como asunto para un conflicto central. Como personaje es la prima pobre. Guarda un secreto: su amor por Enrique, el prometido de Carlota. Es el antecedente de Natalia, la protagonista de *La aventurera* (1853), también de origen humilde y «recogida» en peores condiciones.

Las separan recorridos distintos. La muchacha sin recursos, doblemente marginada, opta en *Sab* por el sacrificio y la virtud. No acepta el dinero ofrecido por el esclavo y la posibilidad de casarse con Enrique. El claustro será su refugio. En *La aventurera*, Natalia ha logrado una fortuna, «de mendiga hasta reina», con una vida desordenada. Cansada de sus «faltas», trata de lograr un *status* mediante el matrimonio con un hombre avejentado. Abandona su propósito al comprender que éste traerá la infelicidad a terceras personas. Regresa al mundo, a un futuro incierto. Dos proyecciones de igual esbozo, similar destino: soledad y desdicha.

Caracterizada en la primera parte de la narración como un personaje secundario, estático, Teresa se transforma, en un efectivo punto de giro, en coprotagonista. Este cambio, preparado convenientemente por varios acontecimientos, cristaliza en el encuentro con Sab en el cañaveral. Conoce entonces la pasión del esclavo por Carlota. Ante su efusión siente igual potencialidad amorosa. Iguala su orfandad y aislamiento con la del esclavo. La complementación le otorga verosimilitud a su propuesta de acompañar a Sab en su destino.

La analogía se establece mediante el juego de espejo y la consiguiente multiplicación de la imagen. Dos personajes distintos en similar situación. En *Baltasar* (1858) no hay desdoblamiento, sino concentración. La mujer judía, literalmente esclava, por pertenecer a un pueblo sojuzgado, avanza en las reivindicaciones. Reúne a Sab y a Teresa y los supera. Frente al poder exclama: «¡alas no halla el pensamiento, donde no hay libertad!»; «mi pueblo gime, señora, bajo atroz yugo» (1:57-58). Su orgullo, su dignidad virtuosa, su frente en alto, estremecen al rey incrédulo. Su superioridad lo conmueve.

² Sab se ha educado junto a Carlota. Esclavo doméstico, se da a entender que es hijo de un tío de la joven. El motivo de la cercanía fraternal, consanguínea o por interrelación, estaba de moda: Pablo y Virginia, Atala y Chactas. La Avellaneda lo reitera con Luisa y Carlos (*Dos mujeres*), con Rubén y Elda (*Baltasar*).

La integración de Sab y Teresa se subraya en la carta que él redacta antes de morir: la semejanza entre la situación de los esclavos y la de las mujeres, «que arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas», contra las cuales nada pueden intentar.

La disolución del vínculo matrimonial reaparecerá con mayor fuerza en *Dos mujeres* (1842). El triángulo amoroso, Catalina-Carlos-Luisa, podría haberse resuelto sin el suicidio de la primera. El autor-narrador sanciona después del trágico desenlace: «La indisolubilidad del mismo lazo con el cual pretenden nuestras leyes asegurarles un porvenir se convierte no pocas veces en una cadena tanto más insufrible cuanto más inquebrantable» (2:210). Lo que en *Sab* es una idea complementaria, en *Dos mujeres* es central.

La revelación de la verdadera Teresa y su paso como personaje al lado del protagonista se narra en el marco de una confesión de amor. El descubrimiento del mundo interior de Catalina reitera la situación. Carlos se refiere a sus sentimientos por Luisa y conmueve a la mujer de mundo. En una respuesta anímica, ella descubre su historia personal. Matrimonio de conveniencia, vacío espiritual. De víctima a verdugo, en desafío permanente a la sociedad, que valora como un mal necesario. «Sólo el amor puede llenar la vida», le dice a Carlos. Tal declaración está implícita en el balance que, por su parte, hace Sab de la suya: «Todos mis entusiasmos se han resumido en uno solo: ¡el amor!» A partir de este momento, Carlos asume la voz protagónica. Como en *Sab*, el amor será una fuerza movilizadora. Como Sab, por amor, transgredirá la norma. Como Sab, con su conflicto, impulsará la acción.

El amor con sus variantes es uno de los ejes temáticos de la obra de la Avellaneda. Fundamental es su epistolario y su poesía. Constituye la motivación esencial de muchos de sus personajes: Carlota, Sab, Teresa; Catalina, Luisa, Carlos. En Espatolino tiene fuerza reparadora. Elda se sostiene por amor.

Pero ¿puede desarrollarse sin trabas? Carlota ama a un hombre que no la merece. Muerto su padre, queda sola entre seres «pegados a la tierra y alimentados de positivismo». Sab muere (no por suicidio) bajo los efectos de un profundo y fatal *stress* psíquico-físico. Teresa se refugia y muere en el convento. Catalina se suicida. Carlos y Luisa no restablecen la armonía y sufren. Espatolino, recuperado moralmente por el amor de Anunziata, es traicionado y condenado a muerte. Ella enloquece. Elda también pierde la razón: su esposo ha muerto. Natalia «va en soledad a gemir sus extravíos».

En los desenlaces respectivos se expresa un punto de vista que destila amargura y pesimismo. En los enunciados de los personajes es explícito:

SAB: Pero la virtud es para mí como la providencia: una necesidad desconocida, un poder misterioso que concibo pero que no conozco. Entre los hombres la he buscado en vano. He visto siempre que el fuerte oprimía al débil, que el sabio engañaba al ignorante y que el rico despreciaba al pobre. No he podido encontrar entre los hombres la gran armonía que Dios ha establecido en la naturaleza (3:310).

CATALINA: ... Cuando analizaba las virtudes hallaba siempre el interés personal, origen y base de ellas (2:93).

ESPATOLINO: ¿Qué quieren decir los hombres con aquellas altisonantes palabras: verdad, virtud, justicia...? Todo es problema: la humanidad marcha a oscuras, envuelta en el polvo de la interminable lid, derribando hoy lo que levantó ayer (...). Las leyes... Los fuertes las hacen y las huellan; su yugo solo no conoce lo deleznable de sus bases (4:96).

En Sab, la transgresión es amar a una mujer blanca. En Catalina, el adulterio. Antes de su relación con Carlos, ella ha mantenido ante el (su) mundo una sostenida actitud provocativa. Desalentada en la búsqueda de la virtud, se vuelve escéptica, incrédula y victimaria. No tiene desengaños porque en nada cree. Esconde cualidades: carácter, inteligencia y sensibilidad. *Catalina* como *Espatolino* —curiosa coincidencia— ha tenido un costoso y triste aprendizaje.

La decepción los lleva a la venganza. Ella, al galanteo; él, a violar la ley. En ambos, la recuperación espiritual se logra, a diferentes grados, a través del amor. Han llegado al final de ellos mismos. Sufren. Para ella, los acontecimientos más que los instintos deforman al hombre. Pero tiene fe en el ser humano. Tal enfoque ilumina la trayectoria del bandido. Para hacerlo excusable, su mano «no ha vertido nunca la sangre del pobre ni la del inocente». «Pero como Catalina, está condenada. Salvados oralmente, mueren.»

Carlota es afirmación de un modelo femenino que se enriquecerá con otras variantes. Es la joven virginal y delicada. Su tipo se encuentra en la tradición literaria: la *donna angelicata* de Dante, la Julie de Rousseau, la Virginia de Saint-Pierre.

Ella es antecedente de Luisa y Anunziata. La caracterización física, centrada en la iluminación de los ojos —la luz es pureza—, se reitera. En Carlota, «la mirada llena de alma de dos grandes hermosos ojos pardos daban a su fisonomía, alumbrada por la luna, un no sé qué de angélico y penetrante...» (3:144). En Luisa, «cándida y pura como su tez era su alma, y su carácter, dulce y humilde como su mirada, cuando sus ojos azules y serenos se levantaban a lo alto y un rayo de luz argentaba su blanca frente, diríase que recordaba en la tierra la existencia del cielo» (2:15). En Anun-

ziata, «... sus facciones alumbradas por aquel astro tan propicio a su hermosura...» (4:55).

Las tres forman parte del sistema de prohibiciones, pero hay un desarrollo desde Carlota hasta Anunziata. La primera no traspasa ninguna frontera, se resigna. Luisa se identifica con la amante de su esposo en la desdicha de ser mujer. Anunziata, por amor, no abandona al bandido impío.

La evolución se opera igualmente en la actitud religiosa. En Carlota está interiorizada, incorporada a una manera de ver el mundo. En Luisa es más explícita, más declarativa. En ella se acusa un cierto misticismo. La presencia de su amado le sugiere pensamientos ultraterrenos. En Anunziata, la fe la define por contraste con Espatolino. En Elda será razón de ser y bandera frente a Baltasar.

No es difícil advertir la impronta autoral. El epistolario amoroso de Doña Amadora de Almonte ³ descubre no sólo su pasión por Cepeda, sino la evolución anímica que le refuerza, «esas creencias sencillas al alcance del vulgo». En ellas encuentra respuesta al silencio del amor, las glorias mundanas y la inteligencia.

Una impugnación se desprende de la pregunta formulada por Sab: El gran jefe de esta gran familia humana, ¿habrá establecido diferentes leyes para los que nacen con la tez negra y la tez blanca? En *Baltasar*, el antagonismo esclavo-rey se enfatiza con la oposición creyente-impío. Para la Avellaneda de esta época, Dios es «esa verdad única».

Las cartas de la franca india al tibio galán, se ha dicho, descubrieron a una Gertrudis *otra*, frágil ante el dolor, débil ante el amor. Este epistolario muestra lo eterno femenino en la introspección y análisis de los sentimientos amorosos. Texto testimonial, permite varias lecturas. Como diario de amor o como código de valores y conducta. Su alcance rebasa la corrección del «qué hombre es esta mujer», por demás refutable con una correcta interpretación de las claves literarias de sus obras. El epistolario es fundamental para la comprensión integral de Gertrudis. No sólo de aquélla que amaba al hombrecillo de Almonte.

Ciertas constantes se reiteran en sus textos. La preocupación ética predomina. Ética asociada a la virtud y ésta al carácter elevado, a la capacidad para el sacrificio. La autenticidad de sentimientos, generosidad y sensibilidad. La superioridad espiritual reside en la intensa capacidad de amar. Las decepciones en el trato con los hombres traen faltas e infelicidad. Las leyes humanas son imperfectas. Los hombres se rigen por el interés

³ Falsa identidad de Gertrudis para recibir las cartas de Cepeda. La clave es sencilla: él era de Almonte y lo de Amadora es obvio.

personal y el egoísmo. Aquellos con fe poseen un asidero. El amor humano puede ser fuerza regeneradora.

En ese mundo donde la virtud escasea, la mujer se sacrifica (Carlota, Luisa, Anunziata, Teresa, Elda) aunque quiera ajusticiar (Catalina, Natalia). El matrimonio es una *yuaa*. La sociedad, al no permitir su disolución, contribuye a la infelicidad de los que no hallan armonía en él. En el triángulo amoroso, tan desdichada es la esposa como la amante. En *La aventurera*, la autora, a través de un personaje, concluye:

que es enorme sinrazón
que la ley de expiación
sólo alcance a la mujer
y que el hombre, juez severo,
blasone de seductor
y después de justiciero (5:199).

Este cuerpo de ideas alimenta conflictos, personajes y argumentos. En las novelas, el narrador, como en la tradición del género, desde una tercera persona omnisciente, conoce y domina a sus personajes. También desde una primera, en una estructura dialógica, ellos son sus portavoces.

De nuevo el epistolario ilumina la ficción. Así ve Sab su conflicto: «Superior a mi clase por naturaleza, inferior a las otras por mi destino, estoy solo en el mundo». «Siento el deseo de vivir y la necesidad de morir» (3:258-308). Así, Gertrudis: «superior e inferior a mi sexo, me encuentro extranjera y aislada en la naturaleza. Siento la necesidad de morir» (6:51).

Es tal la amargura de Catalina: «Lo justo y lo injusto, el mal y el bien, todo se confundió para mí y en la soledad del corazón comencé a sentir desarrollarse rápidamente el coloso de hierro del egoísmo, porque cuando analizaba las virtudes hallaba siempre el interés personal, origen y base de ellas» (2:93). Es ésta la de Gertrudis: «La sociedad me hastía... He sido víctima de tan mezquinas y ruines pasiones...» (6:128).

En ocasiones, el narrador cede el lugar a la voz autoral. Intervención igualmente propia a la novela sentimental. La idea de la desilusión, constante en estos textos, se expresa desde una primera persona. En *Sab*: «Ay de mí, solamente la fría y aterradora experiencia enseña a conocer a las almas nobles y generosas el mérito de las virtudes que ellas poseen... Feliz aquel que muere sin haberlo conocido» (3:156).

En *Dos mujeres*:

No seré yo quien se burla de ninguna fe. Veo en todas las creencias una virtud y una felicidad. Búrlense en buenahora los corazones desgastados y fríos de esos elevados instintos del hombre que llaman ilusiones. Venid a mí, verdaderas o falsas; venid a mí, dulces creencias de la primera juventud. ¿Qué le queda al hombre cuando se ha perdido? (2:29).

El intercambio de voces, los juegos especulares, el desdoblamiento sirven al planteo ideológico de una cosmovisión romántica. En las obras comentadas, con *Sab* como texto fundacional, la exploración del destino de los personajes toma en cuenta la incidencia de la sociedad. Mundo de prohibiciones e imperfecciones. Condenable.

En su práctica, la Avellaneda no combatió ese mundo, aunque desafiarlo ya era enfrentarlo. Debe ahora la ficción iluminar la realidad. Catalina brinda la clave:

La sociedad es para mí un mal necesario, yo no puedo aceptar su código, no me rebelo contra él, porque soy un ser fuerte y débil a la vez, que ni puede ajustar su talla a esa medida estrecha de la hipocresía social ni tiene bastante rico el corazón para privarse de los goces aturdidores de sus brillantes placeres (2:94)

Su progresivo conservadurismo no desvaloriza su temprana y sostenida atención a la marginación de raigambre social, su búsqueda incesante de la virtud, entendida como una aspiración al mejoramiento humano, su anhelo de autenticidad y grandeza de propósitos. Su certidumbre de que las circunstancias determinan la conducta humana.

Ese ideario aparece en su primer texto narrativo y será el pilar sobre el que se estructurarán sus obras posteriores. Tal coherencia de propósitos necesita ser estudiada en toda su proyección, matices y alcance. La peregrina, espera.

BIBLIOGRAFIA

- Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Baltasar*, La Habana, 1962.
- *Dos mujeres*, en *Obras*, tomo V, La Habana, 1914.
- *Sab* (prólogo de Mary Cruz), La Habana, 1973.
- *Espatolino* (prólogo de Antón Arrufat), La Habana, 1984.
- *La aventurera*, en *Obras*, tomo III, La Habana, 1914.
- *Diario de amor*, La Habana, 1969.